

pende el carnicero.

— ¿Usted sabe cuánto cuesta hoy un kilo de carne...? — gime la mujer.

— A los ganaderos nos debieran llamar «perdederos», se lo juro por la salud de mis vacas — afirma el otro.

— Pero, ¿usted cree que es negocio eso de comprar y vender, o vender y comprar, ganado...? — casi se indigna el tratante.

El matadero, Mafricasa especialmente, calla, y el carnicero, obligado por su clientela a una jovialidad que sus buenos dolores de hígado ha de costarle, sonríe, quizá para no llorar.

Pues, ¿qué...? ¿Qué ocurre con el ganado, ganado cacereño, que cría y engorda el ganadero, compra y vende —o vende y compra— el tratante, sacrifica el matadero, expende el carnicero y consume, si puede, la familia del ama de casa...? Si nadie en definitiva gana y sale perjudicado el consumidor, ¿qué...? ¿Dónde está la trampa? ¿O dónde el trampo?

Cartas boca arriba, señor ganadero, señor tratante, señor carnicero, señora ama de casa... (A los mataderos, especialmente a Mafricasa, se lo hemos pedido así y, al menos desde Mafricasa, ni pío). Cartas boca arriba. ALCANTARA, en este número, pretende, ha pretendido, poner las cartas boca arriba, evitando, hasta donde haya sido posible, incluso con Mafricasa, que haya quien se guarde una sola en la bocamanga.

Empecemos, pues, por los personajes. Por los personajes y sus circunstancias.

EL GANADERO CACEREÑO

Hay, naturalmente, de todo. Desde el de los grandes rebaños, de vacuno, de ovino o de porcino, hasta aquél que, para contar sus cabezas de ganado, tiene que le sobra con los dedos de una sola de sus manos. Ganaderos riquísimos, muy ricos, ricos, casi ricos, casi pobres, pobres, muy pobres, pobrísimos...

En 1972, fecha de los últimos datos fiables, avalados por el INE, había en la provincia de Cáceres 60.027 empresas agrarias, por supuesto que no todas ellas ganaderas y bastantes agrícolas y ganaderas, es decir, mixtas. (Ni entonces ni hoy podrá usted averiguar el número exacto de explotaciones ganaderas ni el censo exacto de personas que a ellas dedican su vida, lo cual parece bastante grave en provincia que se dice eminentemente agraria y muy específicamente ganadera).

En fin, que 60.027 explota-

ciones y 58.705 empresarios, de los cuales dos terceras partes —33.686— tenían como ocupación o subocupación principal el tema agropecuario.

Tales números, de aparente importancia socio-económica para provincia como la cacereña, pierden mucho si se ponen al lado de lo que el INE daba entonces como explotación agraria y como empresario de la misma.

Explotación agraria, según el INE, que las hay con tierras y sin tierras. Se considera con tierras a toda aquella que, en una o varias parcelas, ocupa una superficie no inferior a 0,1 hectárea (menos de la quinta parte de lo que tiene el terreno de juego de un campo de fútbol) Sin tierra a cualquiera que, con menos de 0,1 hectárea, junto dos o más cabezas de ganado vacuno, caballiar, mular, asnal o porcino; o cinco o más de ganado ovino o caprino; o cincuenta o más conejos... Por empresario agrario, a toda persona natural o jurídica que asuma los riesgos de una explotación, dirigiéndola por sí o me-

dante otra persona, se supone que también natural o jurídica.

No parece lógico que, como ejemplo de empresario agrario, ganadero en este caso, propongamos a uno de esos casi seis mil que o no tienen tierras o no llegan a las 0,4 hectáreas y que, como semovientes, se andan en las dos vacas y un choto o en la pareja de cerdos y un lechoncillo.

Tampoco lo contrario. Y lo contrario sería tomar como modelo y módulo a uno de los 1.388 empresarios que poseen más de las 300 hectáreas, de ellos 42 con más de 2.500, que ya es tierra, y sabe Dios cuántas cabezas de ganado por cabeza (y que valga la redundancia).

El empresario agrario cacereño, el del gran montón, junta entre las 5 y las 50 hectáreas. Son —eran en 1972— casi veintidós mil, casi el treinta por ciento del total de los censados.

Salvo pocas excepciones, la tierra, esas entre cinco y cincuenta hectáreas, le viene de familia, aunque bastantes de los de las menos la hayan ido ad-



quiriendo, a partir de nada, con sólo el sudor de su frente y en trabajos exclusivamente agrarios. No es normal, al menos en la provincia cacereña, la súbita vocación y la consiguiente dedicación a trabajos del campo.

Tiene de promedio más de cincuenta años y su formación escolar, tipo medio, no ha ido mucho más allá del bachillerato. Casado y con, al menos, tres hijos, para ninguno de los cuales, aunque sea poca la heredad y esta parquedad limite ambiciones, quisiera su propia profesión. De esos tres hijos, uno o dos están en edad universitaria.

EL TRATANTE CACEREÑO

No es ya áquel del largo blusón y la gruesa cayada, que iba de feria en feria y daba un especial colorido a las mismas. Ni el chalán con acento andaluz —josú—, probablemente gitano o de patillas y tez agitanadas. No canta por los caminos ni se le verá a lomos de bestia alguna ni conduciendo rebaños de mercado en mercado.

Los caballos que antaño le llevaban, se los ha tragado y los lleva ahora el automóvil en el que viaja y que lo mismo es un Citroen de apenas dos, un Renault de cuatro o más o hasta un impecable Mercedes con la tira de ellos.

El tratante de ganado de hoy, salvando casos de dedicación exclusiva, que los habrá, no se diferencia mucho del ganadero, del ganadero de tipo medio para arriba. ¿Y cómo se va a diferenciar si es en realidad un ganadero más? Un ganadero que lo fue siempre y se sintió tentado por las perras que se llevan los clásicos tratantes o un tratante que llegó a ganadero en busca de la seguridad que da eso de pisar tierra propia.

Tratante-ganadero o ganadero-tratante, empresario agrario, en fin, pero de los de arriba; de los que, por dirigir su explotación mediante otra persona y no tener para sí otro oficio específico, dispone de tiempo, quizá de dinero y crédito y segura-

LA RAZA BLANCA CACEREÑA

por Fernando BULLON INFANTE

Si hubieramos de definir a nuestra provincia desde un punto de vista biogeográfico, concluiríamos señalando que Cáceres es un compendio peninsular. Así, al sur de zonas de montañas con nieves casi perpetuas y al norte de seccionales donde prosperan la yuca y la pita, aparecen los típicos adhesados que dan carácter a grandes áreas pobladas de ganaderías autóctonas.

Y es, precisamente, en el área de la dehesa arbolada de Quercus donde se ha conservado la raza Blanca Cacereña, derivada del Bos Taurus Desertorum (bóvido de las estepas del desierto).

La llegada de la raza Blanca a España y su implantación en Cáceres no han



podido ser demostradas al no disponerse de documentación fiable. Se polemiza con un origen norteafricano que partiría desde el desierto libio merced a la expansión del Imperio Romano, para, en su retirada, ir dejando agrupaciones bovinas blancas en España y, más tarde, en Francia. Esta teoría, con visos de verosimilitud, propicia la aceptación de la intervención blanca, ya en terrenos galos, y en conjunción con razas cárnicas inglesas, en la formación de la raza Charolesa. El índice de transformación pienso-carne y la precocidad sarcoproyésica serían aportes ingleses, en tanto que rusticidad, color de la capa y falta de pigmentación en mucosas externas serían contribución de los bóvidos blancos franceses, descendientes del Bos Taurus desertorum, «hermanos» de la Blanca Cacereña.

Aun cuando el vehículo de llegada a España y concretamente a Cáceres fuera la expansión romana, no compartimos en absoluto el pretendido origen italiano de la raza Blanca Cacereña, puesto que razas blancas italianas como la



mente que de habilidad para comprar y vender, para vender y comprar, bien a otros ganaderos, bien a los mismos carniceros, llevándose siempre tajada —o procurando llevarse— tanto de aquéllos a quienes compra tras haber vendido como de aquéllos a quienes vende después de haber comprado.

Algo más de cincuenta años, casado, tres hijos, alguno de los cuales es probable que, aunque se ande por las postrimerías de sus avatares universitarios —estudiando quizá Derecho, como su padre—, piense que no es tan desdeñable negocio el de oficiar simultáneamente como ganadero y como tratante.

Suscribase a

ALCANTARA

Carpigiana, Modenesa, del Valle del Po, Chianina, etc., son agrupaciones étnicas de mucosas fuertemente pigmentadas y no habría explicación posible a la pérdida o recesividad de genes responsables de la pigmentación en la Blanca Cacereña. El carácter dominante de pigmentación sobre despigmentación hace pensar que si originariamente la Blanca Cacereña hubiera sido pigmentada, esta característica, con o sin cruzamientos —que no los ha habido en intensidad significativa— se habría perpetuado y seguiría apareciendo hoy con su carácter dominante. Rechazamos, pues, el supuesto origen italiano.

De otro lado, resulta difícil sostener que la Blanca Cacereña no se impregnase de otras agrupaciones autóctonas preexistentes o concurrentes en el mismo hábitat adeshado. Pero tales cruzamientos, si es que existieron, se debieron producir de un modo evanescente, y, en todo caso, con etnias de similar rusticidad, por lo que cabe afirmar que la raza Blanca Cacereña es una entidad étnica «homogénea y pura, previa intensa fijación consanguínea» (1).

El cuidado que han tenido los ganaderos cacereños en mantener la pureza genética, ha permitido que esta raza llegue a nuestros días como genuina población bovina provincial merced a la fuerte fijación de caracteres durante al menos ciento treinta años de reproducción consanguínea, sin que hayan aparecido taras derivadas de apareamientos incestuosos y soportando, al propio tiempo y en fuerte medida, la autoeliminación de las individualidades más débiles por la selección natural que debió imponer la inhóspita ecología del área adeshada.

Lo que hemos podido comprobar documentalente es que: «A mediados del siglo XIX era dueño de la única ganadería de esta raza, sin que sepamos su procedencia (2) Don TOMAS MUÑOZ y FLORES DE LIZAUZ. De él la heredó integralmente en la última década del mismo siglo su único hijo varón D. MIGUEL MUÑOZ MAYORALGO. Desde 1850, por lo menos, no se realizó ningún cruzamiento hasta que dos novillas y un novillo fueron cedidos a D. ALFONSO PÉREZ DE GUZMAN Y GORDON, Conde de Torre Arias, originándose una rama colateral que pastaba en la dehesa "Corchuelas", junto a Aldea de Moret, hasta que en

EL CARNICERO CACEREÑO

Es, de todos los personajes de la historia, de esta historia confusa del ganado con el que nadie parece ganar y todos dicen perder, el más jovial. O la más jovial, porque también hay mujeres metidas en ello, muchas veces hombre a hombre —o cuchillo a cuchillo— con el hombre, su hombre.

— ¿Y qué...? Aunque la proce-sión vaya por dentro, ¿puede ponersele cara de perro al cliente...? Pues, sí, que...

Es, como el ganadero, el de más diversa fortuna, el de clientela con más dispar fortuna. Porque carniceros son tanto el que expende carne en una casilla del Mercado Municipal de Cáceres, como el que lo hace en el más lujoso —y probablemente más caro— supermercado placentino; tanto el que vende a gente que come carne todos los días, incluso los de ayuno y abstinencia, como el que ni

casi vende en uno de esos pueblecitos cacereños que, de pura emigración, se están quedando en los huesos; tanto el que despacha los solomillos por lo que pesen como el que apenas alcanza a despachar

«cuarto y mitad de babilla». Ricos, lo que se dice ricos, los habrá, pero no son muchos. Tampoco pobres, lo que se dice pobres. Ni pobres ni ricos, más cerca en realidad de lo segundo que de lo primero, pero bastan-

1932, ya cruzada, fue adquirida por D. GABINO MURIEL y D. ALVARO DE ULLOA, Conde de Adanero. Citada agrupación cruzada terminó en el Matadero.» Vemos, pues, como la única rama de la Blanca Cacereña impregnada de genes exógenos desapareció, manteniéndose pura la línea genealógica del tronco principal merced al buen juicio de los siguientes ganaderos:

(1850 - 1890)

D. TOMAS MUÑOZ y FLORES DE LIZAUZ

(1890 - 1928)

D. MIGUEL MUÑOZ MAYORALGO

(Desde 1928)

D. GARCIA MUÑOZ - D.ª CATALINA MUÑOZ - D.ª LUISA MUÑOZ

Cuidando la misma pureza genética, son propietarios actuales D.ª BEATRIZ MUÑOZ DE SAN PEDRO, D. MIGUEL LILLO MUÑOZ y D. TOMAS ACEDO (Cáceres) y el Centro Nacional de Selección y Reproducción Animal (CENSYRA) y D. ANTONIO BALLESTEROS DONCEL (Badajoz).

Alertados por D. GARCIA DURAN MUÑOZ, D. MIGUEL LILLO MUÑOZ, D. LUIS ORDÓÑEZ CLAROS y D. RAFAEL HERGUETA y GARCIA DE GUADIANA, sobre el peligro de extinción de la raza en función de los escasos reproductores, el Ministerio de Agricultura adquirió un lote puro que destinó al CENSYRA citado, desde donde se han cedido animales puros a los Sres. ACEDO y BALLESTEROS.

La reputación de animales rústicos y sobrios conquistada por la raza Blanca Cacereña es debida a la perseverante influencia ejercida por paupérrimas condiciones ecológicas durante un siglo, al menos. No obstante, por derivar de un tronco primitivo tan rústico como el Bos Taurum Desertorum, es de suponer que estos animales, de constitución robusta y fuerte capacidad reaccional, exhibieran ya en época remota un fondo preadaptativo, coadyuvando energéticos factores climáticos y precariedad alimenticia al logro de una eficaz resistencia a las agresiones ambientales. Recientemente me indicaba el ganadero Sr. ACEDO, cómo con la misma alimentación engordaba mas y más rápidamente la Blanca Cacereña que otras razas autóctonas. A título anecdótico ambos convinnimos que ello se explicaba por la misma razón que en el Hotel Palace engordaría más y más deprisa un gitano que un comensal habitual de dicho establecimiento.

Definiendo brevemente a esta raza señalaremos que se trata de animales «lejos de tierras», es decir, de extremidades esbeltas, por lo que sus movimientos resultan airosos y gráciles; ausencia de pigmentación en hocico, paladar, lengua, encias, vulva y mamas. Cuernos en forma de gancho alto, no en lira, y con ligeros matices grisáceos (nunca negros) en sus puntas. Capa ligeramente blanca al nacer y ligeramente pardusca a mayor edad para, posteriormente, concentrarse la pigmentación en el tercio anterior, peculiaridad común al Bos Taurum Desertorum, Blanca Cacereña y Charoleas.

Se trata, en definitiva, de una raza única en España, típicamente apta para el aprovechamiento de recursos naturales y solución idónea al problema ocupacional de áreas concretas. De otro lado, ha sido reiteradamente demostrada su utilidad para la obtención de híbridos cárnicos en cruce industrial.

Conservar, mejorar y expandir la raza Blanca Cacereña debe ser, por ello, preocupación de todos.

NOTAS:

(1) La actual Raza Blanca Cacereña. F. Bullón. Revista «Ciencia Veterinaria», n.º 300, 20 agosto 1950.

(2) Comunicación del miembro de la Real Academia de la Historia y propietario (1950) de esta raza D. MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO.

